En defensa de Juan Márquez Gallego

— ¿Y si le dijera a usted, señoría, que Juan Márquez Gallego no mató al señor Don Alberto Flores y que todo esto se trata de un gran malentendido? Ahora, no me malentiendan ustedes, pues claro está que Don Alberto se halla muerto y que alguien es el responsable. Antes de iniciar con mi defensa, quisiera dejar claro que mi involucramiento en este fatal caso es debido a la amable petición de la hija de Juan Márquez, la Srta. Leonilda Márquez, así pues, pido que no se tache de cotilla a aquel que solo ejerce su oficio.

Tantos años desempeñando el noble arte de la investigación me han llevado a desarrollar no solo una intuición excepcional, más la habilidad de idear procedimientos adecuados para resolver todo tipo de crimen. En el caso de un asesinato, el primer paso a seguir era conocer todo aquello que modelaba el día a día de Don Alberto. Así pues, decidí que lo mejor para empezar con el caso era conocer a su esposa, ahora viuda, la Sra. Flores. Fue una charla extensa, hablamos en su salón y todavía me acuerdo de aquella habitación; grande, luminosa y con numerosos objetos, a mi parecer hechos de oro, repartidos por la sala. Y en el centro, un sillón cargado de un aura extraña, indefinible; supongo que pertenecía al Sr. Flores. Me acuerdo también de la Sra. Flores cruzando una y otra vez la puerta de la cocina para ofrecerme una amplia gama de golosinas, desde apetitosas rosquillas cubiertas de una fina capa de azúcar, hasta una bandeja llena de turrones denominados duros capaces de encaprichar a cualquiera. Solo tomé un té. La charla fue interrumpida varias veces por llantos y entorpecida por una notable carencia comunicativa por parte de la Sra. Flores, y no porque estuviera nerviosa ni escondiera algo útil para la investigación, simplemente parecía que no estaba muy acostumbrada a charlar con demás gente que no fuera su marido. Fue también una charla larga, pues, aunque el sofisticado mecanismo del reloj de bolsillo que llevaba colgado en uno de los ojales inferiores de mi chaquetilla se hallaba, a mi sorpresa, escacharrado, diré solo que entré en su casa recién comido y salí con ganas de comer. A pesar de todo esto que les cuento, fue una charla fructífera pues fui capaz de conocer cómo era el Sr. Flores, ahora, tampoco me quiero extender tanto ya que mi alegato consta de un tiempo limitado y aún quedan cosas que explicar. Aun así, diré que Don Alberto Flores ejercía de comerciante y que tal trabajo acabó trayéndole grandes problemas. Acabada la charla con la Sra. Flores, me dirigí al único bar del pueblo, sitio que Don Alberto frecuentaba, con la esperanza de que me sirvieran algo lo suficientemente contundente como para acallar el gran estruendo que emitía mi estómago vacío. Así pues, lo primero que hice al entrar fue hablar con el propietario del local que se encontraba sirviendo la última ronda a unos borrachos por quinta vez. El hombre se llamaba Fernán Carrasco, y discúlpenme pues no recuerdo su segundo apellido. Era un hombre fuerte, de mirada fija y de aspecto intimidante, el barman perfecto, pensé. La conversación que tuve con él fue pobre pero reveladora, y es que tan grande fue mi asombro al escuchar sus palabras que la imagen que tenía de Don Alberto cambió por completo. Fernán Carrasco me contó que no soportaba a los hombres como el Sr. Flores: Deshonrados, mentirosos y desalmados. Un timador de tres al cuarto que, suponiendo que lo que Fernán Carrasco dijo sea cierto, le debía una gran suma de pesetas de todas las cervezas que no podía pagar, además de todos los escarnios que Don Alberto empleaba especialmente contra aquel que conseguía ganarle a las cartas. Alborotos insoportables. Fernán lo odiaba. Una vez terminada la charla, el bueno de Fernán me ofreció una porción de tortilla casera que guardaba del mediodía, y no porque le hubiera informado de mi estado famélico, al menos no voluntariamente, y pasa que los sonoros rugidos provenientes de mi abdomen acabaron por delatarme. Ya saciado y muy agradecido, abandoné el local con la intención de volver al albergue donde me hospedaba. En el camino de vuelta me crucé con un cartel del cual se podía leer las palabras: <<Zapatería y Relojería Cortés>> ¡Fortuna la mía!, pues necesitaba un relojero. El propietario se llamaba Valentín Cortés Espinosa, y de este sí que no me olvido. Era un señor bastante mayor, de oficio y muy calmado, lo que me hace pensar en cómo debe de comportarse alguien para despertar tanto odio en un ser tan sosegado. Valentín conocía y odiaba a Don Alberto por dos motivos. Porque era un timador nato, vendiéndole aquello que supuestamente eran pieles de gran calidad, más a la hora de trabajarlas, se deshacían o se agrietaban en sus manos. Y por como maltrataba a las personas, en especial a Juan Márquez Gallego, el acusado, que era el peón del Sr. Flores. Una vez hubo arreglado mi preciado reloj de bolsillo, abandoné el taller y seguí mi camino. Anochecía, el frío empezaba a ganar presencia y estaba cansado. A la mañana siguiente tuve mi primera charla con Juan Márquez, pues hasta ahora solo había hablado con la Srta. Márquez. Confieso que tenía bastantes ganas de que llegara ese momento, pues, como investigador privado que soy, este tipo de historias me fascinan. Juan Márquez estaba sentado en la terraza del bar donde el mismo Fernán Carrasco, sigo sin acordarme de su segundo apellido, le servía un cortado con exceso de azúcar. Me senté y, echas las presentaciones, empezamos a hablar. Juan Márquez me explicó, aparte de cómo de mal le trataba Don Alberto, todo lo que pasó aquel día: Juan estaba acompañando a Don Alberto a uno de sus viajes rutinarios al pueblo de al lado para comprar una variada selección de hortalizas que más tarde revendería. Don Alberto estaba muy cansado debido a que una severa discusión con su mujer lo llevó a no poder pegar ojo en toda la noche. Llevado por la necesidad de descansar un rato, Don Alberto se estiró a los pies de un roble que prevalecía solitario en medio del campo. Juan afirma que en ese momento él se volvió al huerto a recoger las hortalizas y que, al volver, Don Alberto yacía sin vida donde Juan lo dejó. Perplejo me hallaba, pues no había falsedad en sus palabras, y, sin embargo, el camino de la verdad permanecía oculto. Parecía que, si quería avanzar en mi investigación, debía dirigirme a la escena del crimen donde hace una semana descansaba el cuerpo sin vida del Sr. Flores. Fue allí donde entendí lo que verdaderamente había ocurrido, y es que, ¿quién pudiera haber imaginado que el verdadero asesino de Don Alberto no era ni Juan Márquez Gallego ni Fernán Carrasco ni Valentín Cortés Espinosa ni nadie en absoluto, sino que se trataba de la misma madre naturaleza o como queráis llamarlo que, en un arrebato de justicia tomada por su propia mano, decidió dejar caer una gran rama del roble donde Don Alberto reposaba golpeándolo en la cabeza y acabando con su vida al instante? —

* Hans Castorp